

10.º — CREENCIAS RELIGIOSAS DE LOS INDOS TRES Ó CUATRO SIGLOS  
ANTES DE NUESTRA ERA

En la época de que nos ocupamos había ya nacido el budismo en la India, pero comenzaba apenas á adquirir importancia.

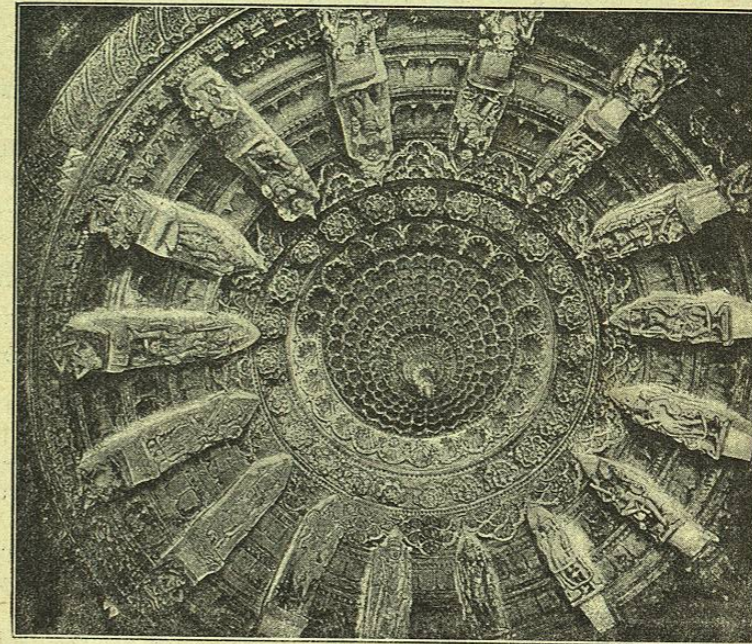
Megastheno habla de los religiosos búdicos, de sus doctrinas nuevas que ya sonaban en su tiempo y de la oposición que encontraban en los brahmanes. Hasta más tarde, empero, bajo el reinado de Asoka, dos siglos y medio antes de Jesucristo, no se convirtió el budismo en la religión oficial de la India y tomó rápido incremento, según veremos en un próximo capítulo. No nos ocuparemos en el presente sino del estado de la religión brahmánica algunos siglos antes de nuestra era.

La religión es siempre, en teoría al menos, la de los *Vedas*, que son considerados los libros sagrados por excelencia, aquellos cuya autoridad se invoca en todo momento. El antiguo Panteón subsiste aún, pero las creencias han sufrido profundas transformaciones. De un lado se ve nacer especulaciones metafísicas nuevas sobre los destinos futuros del hombre, los fines del universo y sus causas; del otro se comprueba que la constitución sacerdotal se ha hecho muy rígida; los ritos y los sacrificios toman tal importancia que puede decirse que el poderío mágico que se les supone se ha hecho superior al de los dioses. Lo que importa ante todo es la observancia de las prácticas, y jamás otra religión tuvo un ritual tan riguroso y tan complicado. Parece que un soplo helado haya pasado sobre el antiguo mundo védico.

Se ha desvanecido para siempre ese Panteón maravillosamente variado que aparece en los *Vedas* con el esplendor de la brillante naturaleza de que era la personificación y la imagen. La aurora graciosa y dulce no enrojece más el Oriente cuando el astro del día sube á su carro de victoria; los vientos propicios no conducen más á los celestes pastos las vacas divinas cuyas ubres inundaban la tierra de bienhechora lluvia. Toda

esa poética mitología está muerta y muertas están sus imágenes.

Rebasaría los límites de este párrafo hacer un análisis detallado de la antigua teología brahmánica, enmarañada por los detalles de los ritos y la práctica de los sacrificios. La volveremos á hallar, aunque también modificada, en el capítulo de esta obra consagrado á las religiones modernas de la India. Todo lo que



MONTE ABU. — Templo de Vimala Sah. Cúpula de mármol del santuario

aquí podemos hacer es indicar las tendencias filosóficas nuevas más extendidas. Se las encuentra muy claramente resumidas en el libro de Manu, que no hace, por otra parte, sino repetir lo que nos dicen de manera muy difusa los brahmanes y los upanishades.

Los dioses ya tan vagos del *Rig Veda*, y que no debían hasta más tarde presentar formas concretas en los personajes de Siva y de Vishnu, tienen contornos más vagos aún que en los tiempos védicos. Son frías abstracciones, manifestaciones de un prin-

cipio supremo, Brahma, cuya alma anima todos los seres. Ese mismo Brahma no es el dueño soberano adivinado en los *Vedas*, creador de las cosas y de los seres, imponiendo á todos su voluntad. Lejos de dirigir el mundo, no es ni siquiera independiente. Repartido en todas las criaturas, desde las más nobles hasta las más viles, comparte su existencia y sigue fatalmente la larga cadena de sus faltas, de sus dolores, de sus progresos, de su lento y laborioso perfeccionamiento.

«El alma suprema, dice Manu, reside en los seres del orden más elevado y del orden más humilde.

»De la substancia de esta alma suprema se escapan, como chispas de fuego, innumerables principios vitales que comunican sin cesar el movimiento á las criaturas de los diversos órdenes.»

Por este dogma es por el que el hombre reconoce en toda manifestación de la vida el alma suprema y debe respetar la existencia de todos los seres, hasta la de los animales dañinos ó la de los más insignificantes insectos.

«Así el hombre que reconoce en su propia alma el Alma suprema, presente en todas las criaturas, se muestra el mismo respecto de todos y obtiene la suerte más feliz, la de ser al fin absorbido en Brahma.

»Si un bramán se halla en la imposibilidad de expiar por medio de donativos la falta de haber matado una serpiente ó alguna otra criatura, que haga cada vez la penitencia para borrar su pecado.

»Por haber matado mil animalitos de los que tienen huesos ó una cantidad de animales desprovistos de huesos bastante para llenar una carretilla, que se someta á la misma penitencia que por haber matado á un sudra.»

La concepción del alma no está separada de la idea de Dios. En todo ser animado es ella una parcela del principio supremo. La unión de todas las almas individuales de dioses, de hombres ó de animales, constituye el alma suprema, el Dios múltiple é impersonal á la vez de donde procede todo acto, toda vida, toda variación.

«El alma es la unión de los dioses; el universo descansa en el alma suprema; el alma produce la serie de actos ejecutados por los seres animados.»

El soberano dueño del mundo no es un ser que la imaginación pueda representarse; es un principio inmaterial é irresistible que circula en el universo y que lo anima, como el antiguo Agni de los arios; el fuego todopoderoso y presente en todas partes, que el bramán, temblando de respeto, sentía circular misteriosamente en sus propias venas. Ved cómo el código de Manu se expresa en este punto:

«Debe uno representarse al gran Ser como el soberano dueño del universo, como más sutil que un átomo, como tan brillante que el oro más puro y como no pudiendo ser concebido por el espíritu sino en el éxtasis de la contemplación más abstracta.

»Unos le adoran en el fuego elemental, otros en Manu, señor de las criaturas, otros en Indra, otros en el aire puro, otros en el eterno Brahma.

»Este dios es quien, envolviendo todos los seres en un cuerpo formado de cinco elementos, los hace pasar sucesivamente del nacimiento al crecimiento, del crecimiento á la disolución, por un movimiento semejante al de una rueda.»

Este es en resumen el panteísmo. Pero no el panteísmo material, brillante y visible de los arios, las fuerzas de la naturaleza divinizadas, conservando sus vestidos de nubes y de rayos, su aliento de perfumes, sus voces murmuradoras ó terribles. Es un panteísmo más abstracto y más fatal: los contornos espléndidos y los colores brillantes no muestran el dios, sino que le ocultan; está sobre los elementos, pero está como prisionero. Su verdadera gloria consiste en no tener ni forma, ni apariencia, ni voluntad, ni vida, y todos los que se despojen del pecado le serán semejantes, ó más bien serán por él absorbidos.

Antes de llegar á esta beatitud final, el hombre debe soportar el mal de vivir durante un tiempo que la imaginación todopoderosa del indo hace de sorprendente extensión. La duración de una vida humana no es nada; el niño que viene al mundo ha atravesado ya muchos estados anteriores, y el viejo que muere vuelve á pasar por otra porción de infancias y de vejezes en toda clase de cuerpos diversos.

El principio de la transmigración de las almas — dogma fundamental de todas las sectas religiosas de la India, comprendido

en ellas el budismo — y la doctrina de Karma, según la cual la conducta del hombre durante esta vida determina la condición en la cual renacerá, principio igualmente común á todas las sectas religiosas que se desarrollaron, por consecuencia, sobre el suelo de la India, están expuestos de la manera más clara en Manu.

Según una existencia se haya llenado bien ó mal, la siguiente será más ó menos noble y el alma irá á animar, ya un bracmán, un santo ó un dios, ya un tchandala (1), el más vil de los hombres, una vaca, un cerdo, una serpiente.

«Si el alma practica casi siempre la virtud y raramente el vicio, revestida de un cuerpo sacado de los cinco elementos, saboreará después las delicias del paraíso.

»Pero si está entregada de ordinario al mal y raramente al bien, despojada después de la muerte de su cuerpo sacado de los cinco elementos, y revestida de otro cuerpo formado de partículas sutiles de los elementos, será sometida á las torturas impuestas por Yama. Después de sufrir esos tormentos, según la sentencia del juez infernal, el alma, cuya mancha está enteramente borrada, se reviste nuevamente de porciones de los cinco elementos, es decir, toma un cuerpo.

»Que el hombre, considerando por los recursos de su espíritu que esas transmigraciones del alma dependen de la virtud y del vicio, dirija siempre su espíritu hacia la virtud.

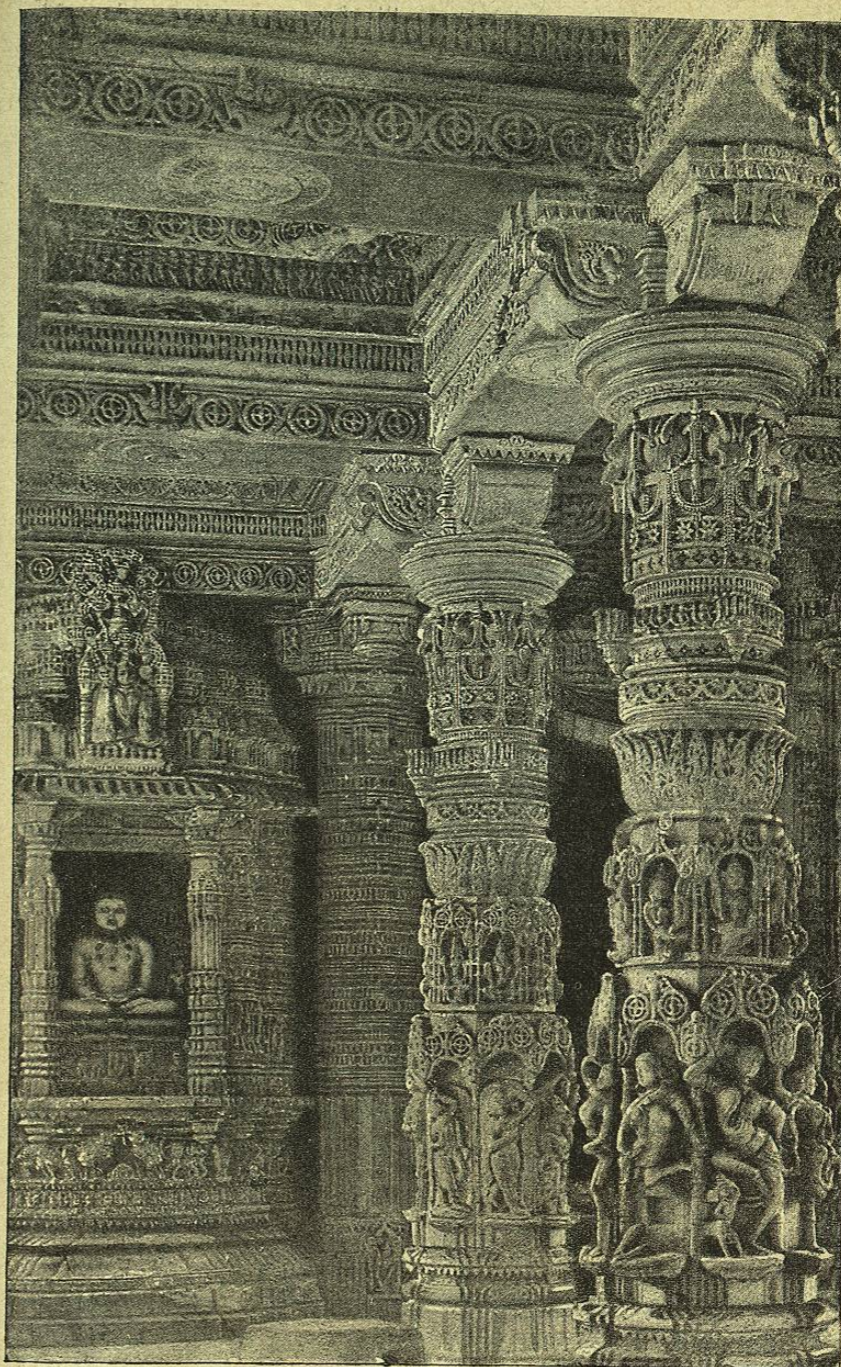
»Después de haber pasado numerosas series de años en las terribles mansiones infernales, al fin de este período los grandes criminales son condenados á las transmigraciones siguientes para acabar de expiar sus faltas.

»El matador de un bracmán pasa al cuerpo de un perro, de un jabalí, de un camello, de un toro, de un macho cabrío, de un carnero, de una bestia salvaje, de un pájaro, de un tchandala, según la gravedad del crimen.

»El bracmán que ha robado oro pasará mil veces á los cuerpos de arañas, serpientes, camaleones, de animales acuáticos y de malhechores vampiros.»

Lo que decide de la condición futura de un hombre no es, como en el cristianismo, tal ó cual acto, tal disposición final, la contrición del último instante, por ejemplo; no, es el conjunto de todos los actos de su vida, y el más insignificante tiene su peso en esa cuenta temible.

(1) Tchandala, el nacido de la unión de un hombre de alta casta con una sudra. Está por debajo de los sudras mismos.



MONTE ABU. — Interior del templo de Vreypal Teypal

«Todo acto del pensamiento, de la palabra ó del cuerpo, según sea bueno ó malo, produce un buen ó mal fruto; de las acciones de los hombres resultan sus diferentes condiciones superiores, medianas ó ínfimas.»

De este dogma procede la terrible disciplina á que el indo está sometido y que no le permite escoger para ejecutar á su gusto el acto más indiferente en apariencia, ni siquiera la satisfacción de las más vulgares necesidades del cuerpo.

La menor negligencia da su fruto penoso y lejano, y no puede esperarse evitarlo sino ejecutando inmediatamente todos los ritos de purificación que deben borrar la falta cometida. ¿Qué importan los juicios de los hombres, qué importa que ninguna mirada haya sido testigo de la infracción de la ley? La conciencia timorata del culpable le hace entrever las inevitables consecuencias y aceptar voluntariamente las penitencias refinadas y á veces terribles que la ley atribuye á cada especie de pecado.

La lectura de las prescripciones severas contenidas en las leyes de Manu enseña hasta qué punto era rígido el yugo que pesaba sobre los indos y se hacía sentir en los menores actos de su vida en la época de que intentamos reconstituir la historia, y cuán grande era la diferencia con la moral ancha y cómoda de los arios védicos. Los tiempos han cambiado mucho, y el pueblo libre y feliz de las antiguas edades se ha convertido en un rebaño cobarde caminando sin tregua en el espanto y el dolor.

Tal era esa sociedad brahmánica antigua. Volveremos á hallar sus principales rasgos en la sociedad neobrahmánica y hasta en la India contemporánea. Pero esos rasgos reaparecerán suavizados por la bienhechora influencia del budismo.

El antiguo brahmanismo, en su rigidez severa, había apretado demasiado sus ligaduras alrededor de las almas: se rompían en su estrechez. Era preciso librarlas. El rigor del yugo pesando sobre los más insignificantes actos de los hombres oprimía el espíritu. La imaginación no veía más que el horror y la maldición de la existencia. Todo era malo, salvo la nada. Las torturas descritas por Dante en su *Infierno* pueden sólo dar idea de las que los antiguos brahmanes veían por todas partes y que, comenza-

das en la tierra, debían crecer luego durante fantásticos períodos de siglos hasta que, en fin, hubieran hecho al hombre digno de la absorción final en el seno del universo, es decir, en realidad en el seno de la nada. El invencible deseo de alivio surgiendo de esta masa de pueblos oprimidos debía forzosamente encarnarse y encontrar el remedio en su propia intensidad. Ocurrió esto algo más tarde, y por causas muy diferentes — el estado del mundo romano, — y entonces apareció Cristo.

En la India también un libertador, llevando dulces palabras á las almas sedientas, se hizo oír y despertó á través de toda el Asia un prodigioso eco.

Los millones de seres doblados bajo el yugo de las castas, oprimidos por las férreas trabas de la ley religiosa, enloquecidos ante un porvenir de torturas inevitables y eternas, iban á oír su palabra, á sentir sobre sus frentes un soplo de caridad y de piedad. Ese libertador era Buda, Zakyá-Muni, y la buena nueva que traía al mundo, la religión búdica.